

La crisis del PRD y la política dominicana

Wilfredo Lozano

Por décadas el Partido Revolucionario Dominicano encarnó la lucha democrática en República Dominicana. Pero el conflicto entre fracciones partidistas que precedió la aprobación de la reelección presidencial inmediata, un proceso hecho a la medida de las aspiraciones presidencialistas del ex-presidente Hipólito Mejía, ha provocado en la práctica el divorcio entre el partido, las masas populares y la sociedad civil. Aunque en ese contexto se fortalecen los liderazgos municipales y provinciales, emerge una nueva elite dirigente de gran poder clientelar y con potencial para desestabilizar el sistema de partidos.

El Partido Revolucionario Dominicano (PRD) no es simplemente el partido político de mayor arraigo de masas en la República Dominicana y el que, en los hechos, ha representado la principal bandera de lucha política organizada por la democracia en ese país. El PRD ha sido sobre todo una cultura política y un movimiento social. Son esas últimas características las que definen dos de sus cualidades princi-

pales como organización: su capacidad para vincularse al movimiento de masas y su gran flexibilidad y capacidad adaptativa ante sus propias crisis internas. Sin embargo, desde que hace unos años el ex-presidente Hipólito Mejía, quien llegó al poder en 2000 como candidato del partido, lograra reformar la Constitución para permitir la reelección presidencial por un periodo consecutivo más, y desde su

Wilfredo Lozano: sociólogo dominicano; ex-secretario de Flacso y actual director del Centro de Investigaciones y Estudios Sociales (CIES), Santo Domingo.

Palabras clave: reelección, sistema de partidos, Partido Revolucionario Dominicano, clientelismo, República Dominicana.

derrota electoral de 2004, esa organización se encuentra envuelta en una grave crisis interna.

Lo ocurrido no constituye un accidente fortuito producto de la subjetividad del ex-presidente Mejía en su estilo muy personal de hacer política, o de sus incoherencias como gobernante. Tampoco puede atribuirse única y unilateralmente a su irracional y absurda obstinación por reelegirse pese a la cerrada oposición interna que tenía dentro de su propio partido. Hay algo más, un mal de fondo que requiere explicación. Es posible que con esta crisis estemos asistiendo a un momento de transformación determinante para el futuro del PRD, y eso no necesariamente significa que, finalmente, el partido salga fortalecido, pues podría significar más bien su final histórico como gran movimiento democrático.

Históricamente el PRD ha vivido muchas crisis internas, y todas han tenido importantes consecuencias para la vida política de la nación, pero la actual es quizás la de mayor significado político. Podríamos identificar a grandes rasgos cuatro crisis principales: las de 1973, 1984, 1986-1990 y la actual (2004-2005).

Historia de las crisis del PRD

La crisis de 1973. No rompió la capacidad del PRD de representar el movimiento de masas. La crisis fue de li-

derazgo, en torno de una diferencia estratégica en la búsqueda del poder: la estrategia electoral defendida por José Francisco Peña Gómez, y la del cerco estratégico antibalaguerista defendida por Juan Bosch. La salida de este último y la formación del Partido de la Liberación Dominicana (PLD) dejaron el campo abierto a Peña Gómez para el control y liderazgo indiscutido de la organización, permitiéndole al mismo tiempo fortalecer su liderazgo de masas.

La crisis de 1984. Planteó el primer gran choque de la organización con su base de masas, en la revuelta popular de ese año. La organización logró mantener su presencia en gran medida por el liderazgo predominante de Peña Gómez dentro del partido, pero también ante las propias masas. Esta crisis dejó al desnudo tres problemas de tipo estratégicos que 20 años después se plantearían de manera dramática: a) en el ejercicio del poder, la autonomización del aparato burocrático de gobierno y su potencial ruptura con el partido podían generar consecuencias catastróficas en las relaciones con la sociedad; b) los choques internos de tendencias (o fracciones), reflejados en las luchas entre los diversos poderes del Estado controlados por el partido, el Congreso y el Poder Ejecutivo, podían llegar a anular la eficacia de las acciones de gobierno; c) por vía de consecuencia de los dos primeros problemas, era posible que en determinado momento esto generara la ruptura de la orga-

nización con su base de masas y con ello la pérdida de su liderazgo popular y fuerza electoral.

La crisis de 1986-1990. Aceleró los componentes de la crisis de 1984 en dos aspectos: el de la lucha entre tendencias y la distancia entre burocracia partidaria en el gobierno y el partido. Si se compara lo ocurrido en 1982 y 1986 a propósito de la definición de candidaturas, no solo se constata la agudización de la lucha de tendencias, sino también dos elementos importantes. Reconocemos que en ambas oportunidades triunfó la fracción que no estaba en el poder —en 1982 ganó la de Jorge Blanco y en 1986 se impuso la de Jacobo Majluta—, pero en 1990 Majluta sale del PRD y funda el Partido Revolucionario Independiente (PRI) y Peña Gómez es candidato a la presidencia por primera vez.

Después de la derrota de 1986, al PRD le tomó 14 años regresar al poder. En ese lapso Peña Gómez se hace el líder indiscutible del partido y bajo su liderazgo se verifica una recomposición interna del aparato político, en una relación directa con sus seguidores, en la cual el momento propiamente organizativo cedía su espacio al momento carismático. Al desaparecer el líder, que era el factor de cohesión de las tendencias, se desarticula el potencial de acción razonablemente coherente de la organización en el movimiento social. A diferencia de la hegemonía de Peña Gómez, que apostaba al equilibrio glo-

bal de todos los sectores, la fracción que logra hacerse dominante tiende a destruir a sus rivales o a someterlos a su control directo. De esta forma, la fracción pasa a sustituir al partido, así como éste pasa a sustituir al movimiento social.

La crisis actual. Se verifica en un PRD muy distinto al que alcanzó el poder en 1978 y salió del mismo en 1986. El PRD triunfa en 2000 en un escenario de debilitamiento del PLD, desaparecida su alianza coyuntural con el reformismo. La cercana muerte de Peña Gómez fue también un factor que despejó el camino a la victoria electoral, pues permitió, tras el recuerdo de su líder, compactar al electorado popular en torno del partido. Adicionalmente, el manejo de la campaña del PRD fue mejor que el de los otros partidos.

La fuerte presencia del liderazgo de Peña Gómez en las masas populares, y la asimilación de los catastróficos resultados del pasado por la lucha fraccional entre 1998 y 2000, condicionaron el triunfo de Mejía en las primarias. Éste se sostuvo en un precario compromiso entre las fracciones. Era simplemente la lucha por el poder lo que definía un equilibrio partidista que andaba lejos del compromiso de masas que sostuvo al liderazgo de Peña Gómez. En segundo lugar, el pacto mismo entre las fracciones las reconocía como legítimas y (peor aún) necesarias. Por último, el elemento doctrinal estaba ausente.

Al hacerse gobierno, la fracción dirigida por Mejía, el llamado Proyecto Presidencial Hipólito (PPH), simplemente condujo esta lógica a sus últimas consecuencias: a) convertir en discurso político del partido, lo que no era más que su propio discurso; b) asumir los compromisos con dicho grupo como los propios del partido; c) sustituir así al partido por la fracción y, por vía de consecuencia; d) pretender que como fracción su relación con sus clientelas representaba la relación del partido con las masas.

La crisis actual se inició muy temprano, prácticamente en la primera mitad del gobierno de Mejía, con las acciones del PPH que condujeron a una reforma constitucional, a fin de introducir la figura de la reelección. En esta fase temprana de la crisis, la novedad del choque entre tendencias en el seno del partido se expresa en dos puntos: a) todo el mundo trataba de evitar el conflicto, a diferencia de las crisis de 1982 y 1986; y b) por primera vez en los ejercicios de gobierno del PRD el grupo con el control del Ejecutivo controlaba también el Congreso. Del lado de las fracciones que rechazaban la reelección de Mejía es posible que se entendiera que el grupo del presidente tenía demasiado poder como para intentar frenar directamente el afán reeleccionista. Esta interpretación asumiría entonces que el control práctico de los dos principales poderes del Estado (el Ejecutivo y el congresional) conferiría fuerza suficiente para derrotar

cualquier oposición a la fracción PPH. Una vez reconocida la vocación reeleccionista de Mejía, los grupos y tendencias tenían diversos motivos para evitar el choque con el PPH. Los seguidores de Milagros Ortiz Bosch estaban involucrados en algunas de las ejecutorias del gobierno, siendo la propia Ortiz Bosch vicepresidenta de la República y ministra de Educación. Rafael Suberví Bonilla era a su vez ministro de Turismo y muchos de sus seguidores también ocupaban posiciones en el gobierno. La tercera tendencia, la de Hatuey Decamps, era la que menos lazos tenía con la administración gubernamental, siendo a la vez la que más cargos dirigenciales tenía en la organización, quizás después del propio PPH, pero también Decamps eludió el choque.

La segunda fase de la crisis la definen los aprestos reeleccionistas del gobierno de Mejía y la reorientación de toda la política gubernamental hacia ese propósito. A partir de ese momento se aprecian diversos asuntos. En esta fase se reconoce la clara intención de colocar en las jefaturas de gobierno —que comprendían responsabilidades clave en materia social y manejaban recursos— figuras de confianza del PPH o a miembros de esa tendencia. En segundo lugar, se advierte el esfuerzo clientelista por cooptar a la dirigencia media de la organización, dejando de lado una clara política de masas que obviamente implicaba movilizar todo el aparato político del perredeísmo y con ello

ceder poder a los otros grupos del partido, sobre todo a Suberví y a Ortiz Bosch. El producto de esto es, sin embargo, un espejismo del PPH. Al controlar los recursos gubernamentales y tener éxito en el manejo de cuadros medios e incluso de sectores de la base de masas del partido, naturalmente esta tendencia –que era movilizadora como clientela– termina asumiendo que ese éxito es el de la propia organización, y hace suya la creencia de que realmente representaba al PRD y, en consecuencia, podía prescindir prácticamente de las otras fuerzas partidarias.

En esta fase los grupos antireeleccionistas, arrinconados por el éxito del PPH tras la reforma de la Constitución y la aplastante victoria del PRD en las elecciones de 2002, hacen suyo el espejismo del PPH, pero en sentido inverso: entienden que esta tendencia ha secuestrado a la organización, pero en la práctica asumen una posición meramente defensiva que, de hecho, le permite al PPH fortalecer su actitud como fracción dominante.

Las querellas contra la reelección

Cuando se abrió la campaña interna hubo un momento de unidad, ciertamente precaria, en el llamado «grupo de los siete» (Ortiz Bosch, Suberví, Decamps, Enmanuel Esquea, Rafael Abinader, Ramón Alburquerque y Rafael Flores Estrella). De suyo, ese era un bloque heterogéneo y desigual. Solo Ortiz Bosch, Suberví y Decamps

contaban con respaldo de masas en las bases de la organización (sobre todo los dos primeros). Posiblemente Suberví era el que tenía mayor incidencia en los cuadros de base; Ortiz Bosch, por su parte, tenía fuerza entre los jóvenes del partido y las organizaciones de mujeres, pero su punto fuerte estaba en la sociedad misma, en un segmento social que fue siempre la debilidad histórica del PRD y sobre todo de su gran líder: nos referimos a la clase media.

En ese momento, pese a su heterogeneidad y desigual peso político en la organización y en la sociedad, el grupo de los siete, de haberse compactado y encontrado un método para designar un candidato que todos apoyaran, hubiese podido enfrentar con éxito al PPH. Hugo Tolentino, ex-canciller de la República en la primera parte del gobierno de Mejía y prominente intelectual perredeísta, hizo saber en una lúcida carta pública a los precandidatos lo que vio con claridad: el poder del PPH y de su candidato solo podía ser vencido mediante la unidad de la organización. Esto no era un simple asunto de mayorías: posiblemente en el momento en que Tolentino envió su carta el PPH era en efecto la tendencia mayoritaria. El asunto era sobre todo político, y en esta perspectiva los siete precandidatos, agrupados en torno de una sola candidatura, podían avanzar hacia la constitución de una mayoría capaz de derrotar a Mejía, pero sobre todo podrían defender mejor a la or-

ganización del manejo clientelar que de ella estaba haciendo el PPH.

En el fondo la carta de Tolentino le estaba planteando al grupo de los siete una estrategia consistente, lo cual tenía también sus riesgos. Empleemos una metáfora militar: ante la fuerza del PPH, dado su control del Poder Ejecutivo y su capacidad de manejo clientelar de la política interna en el partido, era necesario proceder a construir una casamata en la cultura democrática de la organización, que diera asidero al antireeleccionismo, pero también se requería fortalecer la expresión del PRD como movimiento social. Había que salir entonces del estrecho cerco de la lucha interna para ganar la sociedad, solo así se podía vencer luego en la batalla intrapartido. Al ver que el grupo de los siete no se ponía de acuerdo, el PPH siguió una estrategia atinada, teniendo en cuenta sus objetivos: dominar la organización para finalmente imponer la candidatura de Mejía. Lo primero que hizo el PPH fue aislar y etiquetar a Decamps, en ese momento presidente de la organización, como el «enemigo». Con ese movimiento estableció una diferencia entre éste y el resto de precandidatos. Posiblemente Decamps interpretó esto como conveniente para sus propósitos, pues lo colocaba como el antagonista privilegiado de Mejía. Muchos de sus pasos en ese momento avalan esta interpretación.

Visto que con la tendencia de Ortiz Bosch era imposible manejar la misma

táctica de choque y antagonismo que le había dado frutos en el aislamiento de Decamps, Mejía y el PPH definieron una estrategia de cerco. Es en este momento cercano a las elecciones del 16 de mayo de 2004 cuando deciden acercarse a la tendencia de Suberví –si no es que no habían mantenido conversaciones mucho antes– y ambas fracciones acuerdan unirse a cambio de que a esa tendencia, además de la candidatura a la vicepresidencia, se le dieran importantes posiciones en el gobierno, en caso de ganar las elecciones presidenciales. En esas condiciones Ortiz Bosch queda sola y Esquea se retira del debate y guarda silencio. El trabajo del PPH estaba hecho.

Más allá de este juego de fuerzas al interior de las tendencias del PRD, lo específico de esta fase es el esfuerzo del PPH para clientelizar la base de masas del partido, en particular el aparato de dirigentes medios, nacionales y provinciales. Pero el PPH no solo intentaba ganar a los dirigentes y a las bases, pues el resultado de ese esfuerzo es la afirmación de un estilo político clientelar en la búsqueda de hegemonía en la sociedad. Sin embargo, el resultado del ejercicio clientelista en la sociedad es el fortalecimiento de la propia clientela, ya definida tras el control del partido.

Un momento fundamental de este proceso fue la crisis generada por los fraudes bancarios y sus efectos globales en la vida económica nacional. El primer

aspecto del asunto es que dicha crisis no puede verse desprendida de dos fenómenos: los cambios acaecidos en la economía mundial tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y los aumentos del precio del petróleo. En el plano estrictamente político, esto tuvo un efecto inmediato en la capacidad del gobierno de Mejía para mantener la política clientelista que tantos beneficios le había producido en el interior del partido. No es que la dinámica clientelista se paralizara, sino que en esas condiciones sus efectos sociales eran mucho menos eficaces que en la anterior coyuntura de buenos precios y estabilidad macroeconómica. En esas condiciones, puede decirse que en el país se planteó un serio conflicto de gobernabilidad: pérdida de legitimación del Gobierno ante las masas; crisis de la política monetaria y fiscal y de los servicios básicos, sobre todo la energía eléctrica; inflación galopante; ruptura de los lazos con el empresario; creciente agotamiento del poder de movilización clientelista en los grupos populares, y práctica ruptura de la clase media con el Gobierno. Esas fueron las condiciones que precedieron y determinaron la derrota electoral de mayo de 2004.

La sociedad civil como enemigo

Un elemento fundamental de esta fase es el distanciamiento y práctico rompimiento del PRD con la sociedad civil. Independientemente de los malos entendidos entre dirigentes perredeís-

tas y personalidades del país que caracterizaron los meses previos a las elecciones de mayo de 2004, lo que debe llamar la atención es un punto: ¿cómo las malas relaciones de la tendencia del PPH con la llamada sociedad civil lograron persuadir al conjunto de la organización, y específicamente a los dirigentes de las dos fracciones que al final apoyaron a Mejía –el grupo de Ortiz Bosch y el de Suberví–, de que ésta constituía una suerte de «enemigo», en muchos aspectos semejantes al PLD, partido opositor que le disputaba el poder al PRD?

La explicación no puede ser otra que la del error estratégico de las tendencias anti-reeleccionistas que ya apuntábamos arriba –vale decir, librar la batalla contra Mejía y el reeleccionismo básicamente en los marcos de la disputa interna por el poder burocrático-político en el partido–, pues al PPH no le interesaba en ese momento atraer a la sociedad civil; por el contrario, en muchos sentidos ésta representaba un obstáculo para sus propósitos de dominio del partido. Por eso, las tendencias anti-reeleccionistas, al chocar con la sociedad civil sin proponérselo, le facilitaron el trabajo a la fracción de Mejía.

Si se admite que en ese momento el PPH era el grupo que controlaba definitivamente la organización, sobre todo después de la salida de Decamps y del cerco estratégico que se le impuso a Ortiz Bosch, obligándola finalmente a apoyar a Mejía en la campa-

ña, en la práctica, el cauteloso manejo de la situación postelectoral por parte de las tendencias le ahorró al PPH el tener que producir una explicación de su derrota electoral ante la sociedad y las bases mismas del partido.

Pasadas las elecciones, la estrategia que ante esas circunstancias se trazaron Ortiz Bosch y Suberví fue la de producir un espacio negociador que permitiera generar condiciones mínimas de legitimación ante las bases, proporcionando una explicación indirecta de lo ocurrido y un punto de apoyo para rearticular el equilibrio de fuerzas en la organización. Para alcanzar ese objetivo podían ensayarse varias rutas, una de ellas fue la encuesta a las bases promovida por la propia Ortiz Bosch. Pero la que parecía más natural era –como en efecto ha sido– la idea de una convención que reordenara la composición del equipo dirigente del propio partido, permitiendo así generar las condiciones potenciales de un futuro debate político que reorientara la organización. La misma campaña interna, previa a la convención, podía potenciar todo esto evitando el choque frontal con el PPH.

La respuesta del PPH fue pretender su disolución, pero manteniéndose como «tendencia institucional». Consciente de su poder dentro de la organización, el PPH ha depositado sus huevos en varias canastas, apostando a distintas candidaturas pero sin comprometerse con ninguna. Con esta estrategia el PPH

como tendencia tiene mayores posibilidades de mantener posiciones y compromisos con el conjunto de autoridades partidarias que resulten electas, cualquiera que éstas sean, pudiendo evitar el choque con las otras fracciones. De esta forma logra amortiguar potenciales críticas a su estilo impositivo y sobre todo a su fracaso en las pasadas elecciones presidenciales de 2004, lo cual le deja a Mejía las manos libres para, tras el declarado propósito de fortalecer una campaña de apoyo general a la convención, convertirse en una suerte de vocero general y oficioso de la organización. Con ello el PPH avanza en la idea de que Mejía se ha convertido en el nuevo líder del PRD, un líder que puede conducirlo a su recomposición y resurgimiento nacional. Pero es aquí donde vuelve a colocarse en el debate la tensión entre la fuerza política del aparato partidario y la que representa el movimiento de masas. Posiblemente sin una clara apreciación de la naturaleza propiamente política de la situación, las tendencias que rechazan el estilo de acción del PPH han seguido reiterando el error estratégico en que incurrieron desde el momento en que Mejía se propuso reelegirse: enfrentar el poder del PPH como lucha de tendencia y no como choque de concepciones políticas, cuando lo primero conduce a definir el conflicto como una lucha por el control de los aparatos partidarios, mientras que lo segundo se decide en el marco de la capacidad de hegemonía frente a la propia sociedad.

En este marco, entre sus muchos problemas, el PRD enfrenta tres que a nuestro juicio son fundamentales:

1. El potencial de delegación política. Las transformaciones del país y de la escena mundial han disuelto los sujetos; su representación ya no puede articularse en un solo espacio organizativo, ni en un solo proyecto político, lo que plantea un problema decisivo para el sistema político. Para el PRD en particular, esto impone una interrogante: ¿su potencial de representación pierde espacio político al disminuir su base popular? En un plano más general: ¿la pérdida de representación popular convierte al sistema de partidos en proyectos electorales, planteándose más que problemas de representación, problemas de efectividad mediática en la captación de votos?

2. La crisis del liderazgo y la lucha de fracciones. La muerte de Peña Gómez dejó vacío el espacio de arbitraje que había equilibrado el poder de las tendencias y sus conflictos. Ese vacío también fragmentó el potencial de lealtades del partido como aparato en la población. Esto último, al tiempo que fortalecía el manejo clientelista de la base partidaria, bloqueó la capacidad de acción coherente de la organización frente a la sociedad. Para el PRD, pero también para los otros partidos mayoritarios del país, se plantea un serio problema de arbitraje interno. En el caso del PRD, tras la muerte de Peña Gómez esta ausencia de arbitraje pro-

picia las crisis y el cuestionamiento de los mecanismos de representación.

3. La ausencia de un discurso político coherente y el ejercicio clientelar de la política. Sin la capacidad de articulación de un nuevo discurso, que en el fondo se define por una nueva praxis, el PRD tiene poco futuro. Es posible que, más temprano que tarde, este problema se le plantee a todo el sistema político. Se presenta hoy con mayor insistencia y dramatismo en el PRD porque éste ha representado una organización popular-democrática de masas y ha sido el canal de movilización social más efectivo de los grupos sociales emergentes que la modernización social trajo consigo.

La lógica de las tendencias no puede resolver estos tres asuntos determinantes para el futuro del PRD, pero es difícil lograr que el PPH, como fracción dominante, asuma un nuevo esquema de relaciones políticas en el interior del partido distinto al de la lógica de la imposición. *¿Hasta qué punto pueden las tendencias del PRD decretar la muerte del faccionalismo y recuperar el potencial de debate democrático interno que alguna vez pudieron tener?* A mi juicio esta es la pregunta crucial.

El 12 de junio el PRD realizó con éxito su vigésimo segunda convención. En la misma se renovó la totalidad del cuadro dirigente de la organización (alrededor de 8.000 posiciones) en sus niveles nacional, provincial, municipal

y local. El proceso involucró cerca de 80.000 candidaturas para alrededor de 8.000 puestos elegibles, lo que implicó casi 1.000 papeletas electorales distintas. No hay todavía cifras oficiales por parte de la Comisión Organizadora, pero cifras parciales sitúan la participación en más de 400.000 personas, para un padrón de 1.2 millones de inscritos. Fueron electos a las máximas posiciones el senador Albuquerque (42%) como nuevo presidente, y Orlando Jorge Mera (61%) como secretario general del partido.

Mejía es a todas luces el jefe de tendencia triunfador de la vigésimo segunda convención del PRD. Pero lo más importante no está ahí, sino en el nuevo balance de poder. A nivel provincial y local, pese a que muchos de los cuadros medios del PPH afirmaron sus posiciones, hoy esa fracción predominante en la organización no tiene igual poder movilizador en las bases. En este marco, pese a su victoria en la convención, el recambio en las direcciones provinciales, municipales y locales conspira contra el PPH y Mejía. Esto es así por diversas razones: la nueva dirección surgida en estos niveles es más heterogénea y diversa en su composición que la vieja dirigencia, teniendo por lo demás mayor legitimidad, ya que es el resultado de una elección universal de las bases, aunque la presencia de las tendencias sigue siendo el eje determinante del poder. Es de esperar, en consecuencia, un mayor rango de autonomía en los

mandos provinciales y locales del PRD respecto de las esferas nacionales de dirección.

De cara a las elecciones para el Congreso y los municipios en 2006, la lógica clientelar jugará un papel esencial en todo el sistema político dominicano. Esto indica que las tendencias mantendrán un rol importante, ya que controlan recursos. Aun así, las nuevas autoridades elegidas tienen un mayor margen de movimiento, ya que pasan a controlar a su vez recursos propios en tanto autoridades partidarias. El ingrediente clientelar efectivo será aquí el del poder congresional y municipal. Esto afectará la dinámica de selección de candidatos. De no tener las nuevas autoridades un poder autónomo significativo respecto de los liderazgos de tendencias, su poder de arbitraje no será efectivo, lo que planteará nuevos espacios de conflicto, esta vez entre líderes provinciales y locales y el liderazgo nacional, a propósito del cuadro de candidatos y candidatas que debe presentar el PRD para las elecciones de 2006 en sus diversos niveles.

Más allá de cualquier otra consideración, esta simple constatación pone al desnudo el poder adquirido por los representantes congresionales y municipales de ese partido en la toma de decisiones de la organización. Es claro que las nuevas autoridades del PRD estarán obligadas a pactar con Mejía las decisiones importantes. Luego de

la convención, emergen tres realidades: a) el fortalecimiento de los liderazgos provinciales y municipales bajo el control del aparato congressional perredeísta y del grupo de munícipes, todos de alguna manera liderados por el PPH; b) el gran poder clientelar de esa emergente elite dirigente, dado su claro control de recursos, su poder movilizador y la presencia de una cultura consecuente de compadrazgo y manejo de favores; y c) no hay que olvidar que el nuevo presidente del PRD, Alburquerque, aun cuando finalmente apoyó a Mejía en la campaña de 2004, fue uno de los dirigentes que se le opuso, pudiéndose decir lo mismo de muchos otros cercanos al PPH, pero

no miembros del mismo, que han sido elegidos.

La lección de la crisis del PRD para Latinoamérica es clara: el manejo clientelista de la política, el faccionalismo partidario y la excesiva concentración del poder en manos del presidente del partido conducen inevitablemente a la desestabilización de los actores políticos (partidos), a sus crisis como organizaciones, a la pérdida de legitimidad y a la ruptura con la propia sociedad, perdiendo de ese modo el objetivo de toda política, más allá de la búsqueda del poder: la solución de los problemas colectivos, la búsqueda del bien público y el bienestar ciudadano.



Artículos completos
Opiniones
Enlaces
Análisis

Posiciones
Artículos completos
Documentos

Visite los foros en
www.nuevasoc.org.ve